

# EL SEMANARIO CATOLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTIFICA Y LITERARIA,

consagrada á la

VIRGEN MARIA MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

---

Núm. 808

Alicante 5 de Junio de 1886.

Año XVII.

---

## COMENTARIO Á LA ENCICLICA

«IMMORTALE DEI.»

V.

LA SOCIEDAD CIVIL Y LA RELIGION

(Conclusion.)

Así el discreto comprende bien que una cosa es la existencia del hecho y otra su inteligencia, reconociendo en las cosas naturales que con absoluta certeza existen hechos que no alcanzamos. Realmente se mostraría insensato quien dijera: «No admito la trasmision de los telegramas, porque aun no se conoce con certidumbre la naturaleza del medio, es decir, de la electricidad que los comunica;» ó el que dijese: «No admito el hecho de las estrellas cadentes, porque aun no se ha definido con certidumbre su naturaleza;

y tambien niego los terremotos, porque aún no se sabe de cierto cuál sea su causa.»—Igualmente mostraríase irracional quien negara la existencia de un hecho portentoso, que ciertamente ocurrió, como la resurreccion de Lázaro, que llevaba cuatro dias de reposar en la tumba, por ignorarse cómo pudo acaecer. Supuesta la existencia de los hechos que se llaman milagros, y que caen bajo nuestros sentidos como todos los demás hechos sensibles, se puede demostrar con evidencia que para producirlos no bastan las fuerzas de la naturaleza, requiriendo una intervencion inmediata de Dios, el cual con ellos sólo puede sancionar lo justo y lo verdadero. De semejante manera debemos discurrir sobre las profecías, que verdaderamente son tales, y que tanto abundan en la Biblia, referentes al Mesías, á su vida, á su muerte, á su resurreccion, á su doctrina,

á su religion, á la estabilidad de esta, á su perpétua duracion, á sus luchas y á sus triunfos. Por esto sapientísimamente Leon XIII usa contra los disidentes el argumento empleado en las escuelas, el más á propósito para demostrar cuál es la verdadera religion entre tantas y tantas que se glorían de serlo.

«Cuál es la verdadera religion, lo vé sin dificultad un juicio imparcial y prudente, toda vez que tantas y tan preciaras demostraciones como son la verdad y cumplimiento de las profecías, la frecuencia de los milagros, la rápida propagación de la fé aun al través de potestades enemigas y de barreras humanamente insuperables, el testimonio sublime de los mártires, y mil otras, hacen patente qua la única religion verdadera es aquella que Jesucristo en persona instituyó, confiándola á su Iglesia para que la mantuviese y dilatase en todo el universo.»

¡Cuán exacto es el dicho del Salmista: *testimonia tua credibilia facta sunt nimis!* Los motivos de credibilidad que nos llevan á creer en la divina revelacion y en la religion segun se halla en la Iglesia católica, son tales y tantos, que nos dan evidencia moral más que suficiente para inducirnos á creer de continuo en la autoridad de los hombres. En los paises cismáticos y protestantes es posible hallar algunos, sobre todo de la clase baja, ó habitantes de los

campos ó de los montes, que se hallen sobre la falsedad de su secta en ignorancia invencible. Pero en verdad que en los paises católicos, y entre nosotros especialmente, parecenos imposible suponer en otros tal ignorancia invencible. *Ipsi fuerunt rebelles lumini*: no les falta la luz, sino que son rebeldes á la que brilla delante de sus ojos que conservan cerrados, á fin de no entregarse vencidos á una religion que impone la humildad y el sacrificio de las pasiones humanas. Más que hacer esto, volverían al culto de Venus y al paganismo, así como al culto de los diablos. En los tiempos actuales, en que nos dicen llegados á una meta elevadísima de progreso civil, en las ciudades más cultas es comun el comercio con los espíritus; los que se desdeñan de inclinar la frente ante la autoridad de Jesucristo y de su Vicario, suponiéndose hombres de ciencia, déjanse engañar son torpeza por las comunicaciones de mujerzuelas, si no movidas por el espíritu de las tinieblas, prestidigitadoras desvergonzadas. Diríase propiamente que nuestro tiempo fué el vaticinado por el Apóstol Pablo, cuando hacía saber á su querido Timoteo que la «Iglesia de Dios vivo, columna y firmamento de la verdad» sería pospuesta á la escuela de Satanás, el cual sería por los impíos designado su maestro: «en los tiempos venideros, han de aposta-

tar algunos de la fé, dando oídos á espíritus falaces y á doctrinas diabólicas.» (1).

Empero, fijado el hecho certísimo de la existencia del orden sobrenatural y de la Iglesia, se debe discurrir acerca del principio de autoridad establecido en ella por Jesucristo, como nos amaestra Leon XIII.

---

## LA PROSTITUCION EN LAS LOGIAS.

---

Ya tienen nuestros lectores noticia de las obras publicadas por León Taxil, acerca de la masonería, intituladas *El Gran Arquitecto del Universo* y *Los Hermanos tres puntos*.

Altamente conocedor de las Lógias León Taxil, á las cuales ha pertenecido, aunque haya tenido que arrepentirse más tarde, tienen verdadero interés los datos, documentos y juicios que presenta en sus obras.

Ahora va á publicar una tercera obra, que producirá gran sensación. En el Prefacio de dicho trabajo se dice, entre otras cosas, lo siguiente:

«Hace apenas veinte años, el presidente de una de las Lógias de París, el H.:. Carlo Jauvety venerable de la R.:. L.:. *La Renaissance*, sin-

tiéndose de improviso asaltado de un movimiento de pudor y experimentando la necesidad de protestar, reunidos sus compañeros de secta contra un hecho demasiado vergonzoso que tenía lugar en la Masonería, escribió las siguientes líneas, las cuales no estaban destinadas á leerse delante de otro público que en el de las Lógias: «El templo de nuestra querida Masonería francesa recuerda mucho los templos de la antigua Babilonia, consagrados á la *Venus Mylitta*, alrededor de la cual gran número de mujeres rendían el homenaje de sus obscenas caricias... La Masonería y la prostitución trabajan casi en compañía, y como dos obligados jefes en las mismas líneas.»

«Y para que los iniciados á quienes se dirigía no pudieran engañarse sobre el sentido de sus palabras, el H.:. Jauvety añadió á su protesta masónica la siguiente nota significativa: Séame lícito reproducir aquí la pintura que hace Herodoto de las costumbres antiguas de que hablo. Este recuerdo me parece curioso, porque entre lo que sucedía en Babilonia y lo que sucede en París, existen puntos de semejanza verdaderamente sorprendentes: Toda mujer nacida en el país, refiere Herodoto, está obligada á dirigirse una vez en su vida al templo de Venus... Entre ellas, la mayor parte son llevadas en carros al templo. Allí permanecen sentadas teniendo detrás á

---

(1) I. Tim. 4.

los criados que las han acompañado, más, la mayoría permanece en la estancia, dependiente del templo de Venus, con una corona en sus cabezas.»

A esta protesta del venerable de la lógia *La Renaissance*, el Gran Oriente de Francia, por medio del H.: Francisco Fabre, miembro de grado superior, respondió calificando al H.: Jauvety de tráfuga del rito de Misraim.» La respuesta de los jefes del rito francés y el escrito que la había provocado no traspasaron los límites de los *trabajadores* masónicos, y así el público profano ignora una discusión edificante sobre la moralidad de la secta.

Ahora bien, debo decir en público lo que un masón decía en 1886 al público de la lógia. Y no me contento con hacer un paralelo entre los tiempos contemporáneos de la Masonería y los tiempos antiguos de *La Venus Mylitta*. Hago más, quito la máscara, á pesar del disgusto que me invade, á toda la torpeza de la más abominable de las sociedades secretas.

Importa que se sepa: la francmasonería no se contenta con intrigas políticas; intenta, además, desmoralizar completamente á la humanidad. No es solamente la masonería una asociación tenebrosa de perdularios que se devoran los unos á los otros por pescar el poder engañando al pueblo; es, además, la escoria

de la humanidad, una cloaca de inmundicias, un plaga vergonzosa y oculta, una podredumbre devoradora, formada y alimentada por la más ignominiosa disolución.

¡Y este fango infeccioso tiene la pretensión de salir á la superficie y de corromper todo lo que hay de puro! ¡Y esa basura se declara sagrada! ¡Y esa podredumbre suele intitularse virtud! ¿En qué abismo hemos caído?

¡Cómo! ¿El retornó á la prostitución hasta las costumbres babilónicas; constituye el progreso, según lo entiende una secta que tiene la ambición de dar al mundo sus leyes?

Mas, ¿qué digo? ¿El culto de la Venus Mylitta es el púdico y casto que se rinde al Gran Arquitecto? ¡Las mujeres babilónicas no tenían la obligación de darse al vicio más que una vez en su vida, mientras que las mujeres de las Lógias, las hermanas masonas están siempre en el vicio, en movimiento ó en reposo, por gracia ó interesadamente! ¡Pobre mujer!...

¡Ah! No puedo ménos de estallar en indignación contra los corruptores y de sentir una inmensa conmiseración por la desgraciada!

Con el fin de mejor descubrir la infamia de los francmasones debía yo publicar la lista de los principales corruptores; y desgarrar el velo que cubre á esas reuniones misterio-

sas, donde acuden á rendir culto á Venus las mujeres y hermanas masonas; pero esto es inútil y poco grave, y por consiguiente, en mi libro me apartaré de toda alusión personal.

Yo no arrojo sobre todos los masones el oprobio de lo que pasa en la mayoría de las lógias donde hay mujeres que alternan con los hombres; al contrario, considero un deber mío declarar al principio de este libro, que debe estar lleno de calma y de verdad, que los ritos andrógynos no son practicados en todas las Lógias; que existen venerables que se abstienen y se abstendrán de llevar á su presidente esos serrallos de tolerancia llamados *laboratorios*, de adopción de hijos nacidos del placer y de la infamia, recogidos en las sociedades masónicas en una fiesta profana y horrible que se verifica el Viernes Santo. Por último, reconozco que hay algunos venerables masones que, como Jauvety, condenan la invasión de lo obsceno y de la prostitución en las sectas masónicas y se contentan con trabajar en política.

Desgraciadamente, á pesar de estas honrosas excepciones, de soñadores, extraviados ó ciegos, que creen posible la existencia de moralidad en la Masonería, la corrupción masónica aumenta y se extiende de continuo la gangrena más horrorosa, disfrazada bajo el título de *moral independiente*.

Y entre tanto, la hipócrita é impía secta masónica ¡quiere que la protejan!

Y los Gobiernos que ejercen vigilancia sobre la prostitución, hacen la vista gorda respecto de la prostitución de las lógias.

Es urgente, pues, y es ocasión de poner en guardia á las personas honradas; de dar un grito de alarma, de hacer un llamamiento á la sociedad para que se defienda contra la más terrible gangrena.

¡Madres honradas, guardad á vuestras hijas, que vienen los franc-masones!»

Al traducir este prefacio, se han tenido que dulcificar algunas frases, ante hechos tan escandalosos. Los datos que hará públicos el libro de León Taxil, son horroroso. ¡Pobres mujeres! ¡Pobres madres! ¡Pobres hijas!

Aquí en España también hay hermanas masonas y mujeres que asisten á las lógias. Compadezcámoslas. Los mismos masones no se recatan de calificar duramente á las mujeres que les acompañan en sus *laboratorios* masónicos. Demos nosotros también la voz de alerta á las madres españolas.

(*La Unión.*)

## JESUS DORMIDO.

Oh hijas de Jerusalem,  
conjúroos por las corzas y  
los ciervos de los campos  
que no despertéis ni inter-  
rumpáis el sueño á mi ama-  
da hasta que ella quiera.

(CANT. III. 5.)

### ROMANCE.

En una tarde serena,  
llena de luz y de calma,  
de aquellas tardes hermosas  
que el corazon embriagan;

Sobre una fresca pradera  
poblada de olmos y parras,  
por un arroyo partida  
que le riega con sus aguas;

Y la de gratos murmullos,  
cuando entre juncos y cañas  
ó entre disformes guijarros  
su corriente despedaza;

Donde arrullan las palomas,  
donde los pájaros cantan,  
donde susurran las hojas,  
donde suspiran las auras,

Está la Virgen María,  
Madre de aquel que nos salva,  
mas que la luna de hermosa,  
mas que los ángeles santa.

Tiene á Jesus en los brazos,  
al Hijo de sus entrañas,  
Jesus estaba dormido,  
su Madre el sueño le guarda.

Entre sus brazos le mece,  
y en su amor santo se abrasa,

y, por endulzar su sueño,  
en voz dulcísima canta:

«Duerme en paz, Niño querido;  
duerme, azucena temprana;  
duerme, gloria de mi vida,  
duerme, Niño de mi alma.

«Airecillos revoltosos  
que jugáis entre las ramas,  
que rizáis del arroyuelo  
las puras ondas de plata;

«No humedezca vuestro soplo  
su divina frente blanca,  
no hagáis flotar esparcida  
su cabellera dorada.

«Haced, por Dios, un momento  
á vuestros rumores pausa;  
callad, no turbeis el sueño  
del Hijo de mis entrañas.

»Olas del limpio arroyuelo  
coronado de espadañas,  
deteneos en remanso,  
no corraís á la cascada;

»Deteneos en remanso  
donde el Cielo se retrata,  
donde tranquilo el arroyo  
sobre la yerba resbala:

»A vuestros dulces murmurios  
dad un momento de calma,  
mientras dulce sueño goza  
el Hijo de mis entrañas,

»Amorosas tortolillas.  
No voleis de rama en rama:  
treguas á vuestros arrullos,  
que duerme el Hijo de mi alma.

»Que no llegue á sus oídos  
el ruido vuestras alas;  
Él os crió, y, siquiera,  
tornaros puede á la nada.

»Cesad, lindos pajaritos,  
en vuestras tiernas baladas,  
que duerme el Ser Soberano,  
que dió á vuestro canto gracia.

»¡Todo en silencio! Yo os ruego  
por la clara luz del alba,  
por las fuentes cristalinas,  
por las flores, por las palmas,

»Por cuanto ameis en el mundo,  
os pide á voces mi alma  
que no perturbeis el sueño  
del Hijo de mis entrañas.»

Calló la Virgen, y luego,  
en santo amor abrasada,  
sobre la frente del Niño  
posó los labios sin mancha.

A. V.

## ¡¡PADRE NUESTRO!!

Pues señor, cuando yo veo tantos libros en las bibliotecas, tantas bayonetas en los cuarteles, tantos presos en las cárceles, tantos desamparados en los hospicios, tantos ricos con indigestien y tantos pobres con hambre; en una palabra, cuando veo tanto adelanto y complicación por una parte y tantas miserias y desdichas por otra, no puedo menos de echarme las manos á la cabeza y exclamar aturdido:

—¡Estamos perdidos! Se ha olvidado el Padre nuestro.

Aquí, lector, tal vez sneltes la carcajada creyendo de buena fé que he perdido el juicio.

Pues te equivocas. Vamos por partes y verás si me fundo.

Empecemos por una pregunta.

¿Cuál crees tú que es la mejor manera de arreglar el mundo?

Si eres progresista, dirás que agi-tándolo.

Si eres comunista, dirás que que-mándolo.

Si eres nihilista dirás que volán-dolo

Si eres absolutista, dirás que... ahorcándolo.

Pues bien; yo reconozco *la actividad* de tales remedios, pero tengo otro más sencillo y menos estrepitoso.

Entiendo que el mundo se arregla rezando bien el Padre nuestro.

Peró nota que digo rezándolo *bien*.

Es decir, sabiendo lo que se reza, creyendo lo que se sabe y sintiendo lo que se cree.

En efecto, querido lector; á poco que te fijes en la marcha de la miserable humanidad, echarás de ver que cojea de dos piés: del pié de la fé y del de la caridad.

No cree que tiene padre.

Ni sabe que tiene hermanos.

Aquí tienes condensadas todas sus desdichas.

Abre sinó, los libros de sus filósofos, de sus libre-pensadores, de sus sábios y verás que desbarrando cada cual por su lado, el uno dice que Dios es una *fuerza*, el otro que es una *idea*, el de acá que es una *ley*,

el de allá que es la *casualidad*, quien que es el *mismo mundo*, la *naturaleza*, la *materia* lo *inconsciente*, la *nada*, hasta el *mal*. Cualquiera cosa, menos decir sencillamente que Dios es nuestro padre. ¡Padre nuestro que estás en los cielos!

Y como no dicen Padre Nuestro, claro está que tampoco pueden decir hermano nuestro; porque el que no cree que tiene padre mal puede creer que tiene hermanos. De donde resulta que para la humanidad incrédula no hay hermanos y por consiguiente no hay amor.

Y bien; ¿cuándo sin amor pudo haber sociedad? ó mejor dicho, ¿cuándo sin amor pudo haber nada en el mundo siendo así que el mundo y cuanto en el mundo existe es hijo del amor?

Ciertamente que nunca se ha hablado tanto de *fraternidad* como en estos tiempos, pero es que nunca se nombran tanto las cosas como cuando hacen falta.

El mundo ha enfermado por falta de amor, y si la sociedad se disolviese y volviera algún día á la barbarie, no habría que buscar en otra parte el motivo de su ruina.

Persuadido el hombre de que no tiene padre en los cielos y de que los demás hombres no tienen con él otro vínculo que el que pudieran tener entre sí las piedras salidas de una misma cantera, habría que concederle el derecho á razonar de esta

manera: «Si por encima de mí no hay nada, antes que yo no hay nadie.»

Entonces se vería caer la civilización como caen los árboles al soplo del huracán.

No hay duda que el contrapeso de las pasiones disolventes del mundo es el amor, que haciendo el oficio, de la sal, lo preserva de la corrupción; pero si en la familia, es decir, entre esposos, hijos, padres, etcétera., puede el amor de la naturaleza suplir hasta cierto punto al de la caridad, en la sociedad donde por cada adarme de falsa compasión hay una montaña de odio, el amor tiene que imponerse como ley; ley de fraternidad humana que solo puede fundarse en la verdad de la paternidad divina. Por eso Jesús, Sabiduría increada, apresurándose á llenar el gran vacío que la ignorancia hija del pecado había hecho en la cabeza y en el corazón de los hombres, les recordó que todos eran hermanos, porque todos eran hijos del padre celestial. De esta manera reanudando el lazo que nunca debió romperse, sembró de nuevo la semilla de la verdadera civilización con sólo decir: «*Padre nuestro que estás en los cielos.*»

Es decir: Dios padre de todos los hombres.»

«Todos los hombres hermanos entre sí.»

Sublime verdad que conocida no

puede menos de ser amada, amada no puede menos de ser practicada y practicada no puede menos de dar de sí frutos de paz, de cultura y de felicidad.

Hágase á los hombres enemigos y hasta sus arados convertirán en lanzas; hágaseles hermanos y hasta de sus lanzas harán arados.

Esto prueba que sin ese amor fraternal que engendra el gran dogma de la paternidad de Dios no hay progreso que no sea un retroceso, porque no hay invento ni adelanto que no pueda convertirse en arma de destrucción.

Véase, pues, con cuánta razon decíamos que la causa de las desdichas humanas representadas por las bayonetas que hieren, por las cárceles que aprisionan, por los tribunales que sentencian y por las leyes que cohiben, no son otra cosa que una palpable demostración de que en el mundo se ha olvidado el Padre nuestro; ó lo que es lo mismo, de que en el mundo se ha olvidado el dogma del amor.

Preténdese que el mundo marche á fuerza de ciencia.

Error grave; el mundo solo puede marchar á fuerza de fraternidad, y la fraternidad humana solo puede ser verdadera cuando tiene por base la creencia en el padre celestial.

Lo repetiremos cien veces: el que no cree que tiene padre, no puede creer que tiene hermanos.

Infeliz hijo del pueblo, no te fies de la *fraternidad* de los que no creen en Dios. Esa fraternidad en su boca no puede ser verdadera porque no tiene fundamento. Es una palabra hipócrita escrita en su bandera rebelde con objeto de seducirte para que les sirvas de parapeto entre su ambición y los cañones de los gobiernos á quienes tratan de derribar para hacer su negocio.

¿No te parece ridículo, lector, que los que niegan á su padre que está en los cielos vengán hablando de sus hermanos que están en la tierra? ¡Pobres hermanos! Solo lo serán mientras convengan que lo sean; es decir, mientras no haya de por medio un puñado de oro que repartir ó un pedazo de carne que disfrutar. Porque entonces, el dia que lo haya se verá al egoismo surgir promulgando aquella ley del más fuerte que promulgaba el célebre Leon de la fábula, cuando haciendo ciertas particiones decía:

Yo tomo la primera parte porque me llamo Leon.

La segunda porque soy fuerte.

Y al que me toque la tercera lo abro en canal de una zarpada.

La *fraternidad* revolucionaria enemiga de Jesucristo, enemiga de la Iglesia enemiga del catolicismo, en una palabra, enemiga de todos los que creen en el padre celestial, jamás ha dado de sí una gota de amor

que dá vida: sólo ha sido un grito de guerra para dar la muerte.

En la boca de los que no dicen de corazón «Padre nuestro» la palabra fraternidad no quiere decir unión de corazones para crear, sino unión de fuerzas para destruir; unión de lobos: unión que pasada la conveniencia de un día desaparece para dar lugar á la guerra de grupo á grupo, de familia á familia, de individuo á individuo.

Tal ha sido siempre la historia de todas las fraternidades que no han tenido por base la paternidad de Dios.

De lo cual los hijos del pueblo pueden sacar una fórmula muy práctica para saber quienes son los que les tratarán siempre como verdaderos hermanos.

Aquellos que miran á Dios como verdadero padre.

Es decir, los que recen el Padre nuestro y lo recen *bien*.

000

## LAS MODAS. (1).

Valencia 17 de Mayo de 1886.

Sr. Director de *La Lealtad*.

Muy señor mio y de toda mi consideración: He visto combatido el

(1) Recomendamos á nuestros apreciables lectoras paren la atención en este artículo que cortamos de *La Lealtad* de Valencia.

lujo en el libro y en el folleto, en la novela y en la hoja volante, en el púlpito y en las academias, prueba de que el mal es grande y la voluntad de remediarlo no es pequeña; pues bien, siendo la afición á la moda el elemento que más le sostiene y fomenta ¿no estaría en su lugar un esfuerzo para atacarle en esta trinchera? Hay quien cree que la enfermedad es incurable; que no hay cauterio bastante fuerte para despertar á la generación presente del sueño que la tiene pegada al mullido lecho de sus frivolidades. Esto es exagerado. Concretándome á las señoras, es cierto que muy pocas se sustraen por completo á la influencia de esa afición que las arrastra al sacrificio de sus bienes, de su modestia y de su tranquilidad, pero no lo es menos que muchas andan á remolque; las causa la vertiginosa rapidez con que se suceden los cambios del figurin, conocen sus extravagancias y falta de buen gusto, y por esto le siguen como de lejos y con desgana.

A fin de hacer algo para que estas señoras rompan cuanto antes el cable que las ata al buque de la moda, se publicó un folleto y el Romano Pontifice lo ha bendecido. Por mi parte quiero secundar el movimiento, según la escasez de mis fuerzas, remitiendo á V. la adjunta carta que acaba de llegar á mis manos. Sé, que si le hacen los honores de

la publicación, no será más que una débil caña puesta por dique para contener una corriente impetuosa, un pequeño golpe dado á esas cadenas de hierro con que la ley opresora de la moda tiene aherrojada á la mujer, pero ¿quién sabe si se dará ocasion á que otro escriba más y mejor? De V. A. S. S. S.

*Un suscriptor.*

### LA CARTA DE UNA MONJITA.

Mi querida prima y muy amada en C. Jesús: En tu carta del... he podido notar que, si bien perseveras constante en las practicas de piedad, va creciendo de tal modo tu afición á la moda, y estimas en tanto el traje que te ha regalado nuestro tio, N., que creo llegado el momento de decirte algo que sea bastante poderoso para acabar con esas vanidades, antes de que estas acaben con tu piedad, ó la trasformen en un esteril sentimentalismo, como por desgracia acontece á muchas jóvenes cristianamente educadas. No creas que voy á recordarte lo que cien veces habrás leído ó escuchado de boca de tu señora madre, no, lo que voy á decirte, me prometo, te será más provechoso que todo esto y más eficaz que el celo de nuestra abuelita, que rompía con indignacion lo que en nuestros trajes desdecía de la modestia cristiana, y reprobaba de aquella sencillez en que ella habia sido criada.

Apenas has cumplido quince años, y ya se ha desbordado tu afición á los adornos femeniles. Tengo la se-

guridad de que apenas acabes de leer esta carta, no quedará en tí rastro de afición tan perniciosa, pues voy á revelarte, y para ello estoy autorizada, parte de un secreto que me ha sido confiado. Escucha. Hay en esta comunidad una monjita que es la admiración de cuantos la tratan por lo raro de las ilustraciones que el Señor la comunica. Instruye ó reprende por manera original y peregrina. Si la oyeras cuando para curar mis resabios del siglo me refiere alguno de sus sueños, te parecería estar viendo á un alma que, dejando por un momento este lugar de tinieblas é ignorancia, es trasportada á las regiones esplendorosas de la eternidad, donde Dios la muestra la causa y fin de los acontecimientos que han pasado, y también de los que están por venir. En uno de esos sueños me enseñó no há mucho la razon primordial, ó el por qué de la moda, y por parecerme cosa de gran importancia y muy adecuada á tu condición actual, te lo voy á contar con todos los detalles que recuerde.

Apenas, me dijo, habia conciliado el sueño en la noche de N. cuando me ví en un gran salon de aspecto tétrico y sombrío bien y ricamente adornado. Me pareció hallarme en París, y los acontecimientos cuya causa se me explicaba, entendí habian sucedido en estos últimos 40 años. Como ignoro el nombre de muchos de los objetos que allí ví, no sabré hacer del salon una descripción detallada.

Si te diré, que ví sentada en régio sillón á una señora, que por la finura de sus modales, facilidad y pulcritud en el producirse, la hubiera tenido por una de esas damas que

llegan á distinguirse en la sociedad que llaman del buen tono, más como la ví seriamente ocupada en preparar los dibujos de la última moda, entendí era la principal inspiradora de la forma á que han de sujetarse en sus trajes las señoras.

De pronto vino á interrumpirla en sus trabajos una aparición espantosa; era el mismo Satanás que venía á encargarle la realización de un deseo que acababa de concebir. La señora no se inmutó al verle, sin duda estaba acostumbrada á tales visitas; yo me acurriqué cuanto pude en el rincón donde me hallaba; porque créeme, hermana; aunque Satanás no se deja ver tan horrible como es en sí en presencia, turba el espíritu, embarga la respiración, é infunde cierto terror, mezclado de fría languidez que hace desfallecer.—¿Y en qué forma se presentó Satanás?—Pues del mismo modo, continuó mi hermana, que suelen pintarlo en algunos cuadros ó estampas. El vestido era todo de una pieza, color de bronce muy ajustado al cuerpo y ligeramente abollada de trecho en trecho, por manera que revelaba un cutis cubierto de escama; estaba de pié, y visto por delante parecía estar de puntillas aunque en verdad, descansaba sobre un alto tacon, semejante al de los botines que no há mucho llevaban las señoras; á veces se desvanecía la estremidad del pié, y entonces el tacon sobre el cual se apoyaba, tomaba la forma de un pié de cabra que ponía espanto. El pelo negro, desgredado y en confuso desorden caía por delante en cortos mechones, que recortados al nivel de las cejas le cubrían enteramente la frente, y hacían destacar el color

amarillo verdoso de su rostro descajado y fiero.

(Se continuará)

---

## VARIEDADES

---

### PILATILLO

---

A los alumnos del colegio de Nuestra Señora de la Antigua, en la ciudad de Orduña.

#### I.

Pilatus autem volens populo satisfacere..... tradidit Jesum...

Y Pilato, queriendo contentar al pueblo..... entregó á Jesús.

(S. Marcos, cap. xv, 15).

Qué guapo era Gabriel... En pié, delante de su espejo se abría la raya con un peine de concha, afanándose por amoldar aquel bosque de cabellos rubios, algo ásperos, que se levantaban sobre su frente, formando esos artísticos remolinos, con que el gusto pagano de los griegos coronaba las estátuas de sus Adónis y sus Apolos. Vano era su intento: la naturaleza vencía siempre al arte, y aquellos rizos rebeldes se levantaban y se volvían á encrespar, como empeñados en formar un cojín al invisible cántaro de la iechera, que se posaba sobre aquella frente de diez y seis años, tan tersa

como si jamás la hubiera cruzado un recuerdo triste; tan pura como si nunca la hubiese turbado la sombra de un remordimiento... Pobre Gabriel! .. ¡qué guapo era!...

¡Qué alegre la expresión de sus rojos labios, que se abrían para sonreír á todo el mundo, como si no supiesen pronunciar otra palabra que la de hermano, ni otro nombre que el de madre! ¡Qué pura la mirada de sus grandes ojos pardos, que se abrían de par en par como las puertas de un templo, dejando ver, como aquel su santuario, su alma inocente, cándida, que aún no descubría las espinas en las flores, ni en el disco del sol las manchas!... ¡Pobre Gabriel!... qué guapo era!...

Triunfó al fin la naturaleza sobre el arte, y con un gesto de impaciencia arrojó Gabriel sobre el mármol de su lavabo, el peine de concha: atusose con ambas manos los conatos del bigote que ya comenzaban á brotarle...; echóse á reír, dió un salto, y pasó á otro asunto serio, importante, trascendental: iba á ponerse la corbata... ¡Y qué corbata! De manifiesto se veía sobre la cama aquella prenda aún sin estrenar, de finísimo raso azul celeste, con pequeños lunares blancos. Gabriel la tomó con cariño, con respeto, con veneración casi, y pasándola en torno de su cuello, se dispuso á formar el lazo... ¡Le gustaba tanto aquella corbata que tenía los colores de la

Inmaculada, y era regalo de su madre!...

Pronto quedó hecho el lazo, con esa soltura, ese *chic* inimitable, propio de la elegancia natural, de la elegancia genuina, que llama un autor, la nobleza de la gracia. Gabriel se contempló en el espejo, y quedó satisfecho: los picos algo doblados del cuello dejaban ver la morbidez viril de su garganta, y hacía resaltar su blancura el raso azul de la corbata.

—¡Si me viera mi madre!—pensó, ruborizándose sin saber por qué se ruborizaba. Diría ¡qué guapo!... Y si me vieran los chicos del Colegio, dirían también ¡qué elegante!...

Y sin que su amor propio le sugiriese por entonces otras ideas, ni le despertase tampoco otras aspiraciones, Gabriel giró sobre un pié, y se puso el chaleco cantando:

¡Oh María, Madre mia!

¡Oh consuelo del mortal! etc.

¡Era tan feliz!... Graduado ya de bachiller, se veía al fin estudiante en la Universidad, libre en la populosa Sevilla, dueño absoluto de un aposento en una casa de huéspedes, propietario exclusivo de un capital de veinte y cinco duros, señor de todos los fantásticos limbos de la adolescencia, rey de todas las ilusiones de color de rosa, conquistador de todos los horizontes dorados, y libre... libre sobre todo, para sa-

lir cuando quisiera y entrar cuando fuere su gusto; para detenerse en todos los escaparates de la calle de las Sierpes, para tomar sorbetes en el Suizo todas las noches, para cacolear en un caballo alquilado camino de *las Delicias*, para pasear en barca de Triana á San Juan de Aznalfarache, para asistir á las funciones de la Catedral, á las paradas de la Guarnicion, y—¡oh dicha incomparable!—á las corridas de toros... Y los deseos de Gabriel se elevaban, como el águila libre ya de sus cadenas, describiendo círculos inmensos en aquellas azuladas llanuras de su imagiuación, sin sospechar ningún *más allá* oculto, que pudiera echar por tierra el lema de su independendencia.—*¡Libertad sin temor: goces sin remordimiento!*— Porque todo aquel inmenso cúmulo de placeres, todo aquel mar sin límites de goces, había Gabriel de disfrutarlo, sin la menor ofensa de Dios, cuyo santo temor creía sentir más vivo que nunca dentro del pecho; sin el más mínimo disgusto de su madre, cuya dicha era por repercusión su propia dicha; sin desdecir en nada del decoro de su nombre, tan honrado por él mismo con notas de sobresaliente, con premios de buena conducta, con la misma corona imperial, que por elección unánime había adornado sus sienes, durante los seis años de su permanencia en el colegio de los Jesui-

tas... ¡Imposible era que la Universidad trocase en *Augústulo*, al Gabriel que tantas veces habían proclamado los Padres del Colegio, con el glorioso nombre de *Augusto*!

¡Con qué gratitud tan profunda recordaba Gabriel á aquellos buenos Padres, que tanto le habían amado y tanto bien habían hecho á su alma! ¡Con qué buena voluntad había compartido su tiempo, según las instrucciones de ellos recibidas, entre sus estudios, sus ejercicios de piedad y sus horas de recreo y esparcimiento! ¡Con qué candorosa sencillez decía todas las noches, al arrodillarse ante la imágen de la Inmaculada, cuyo congregante había sido, y era y esperaba ser hasta la muerte!

—¿Lo ves, Madre mia, como soy bueno.... y el P. Velasco, se equivoca?...

Porque había en el Colegio un P. Velasco, un pícaro P. Velasco, que era para las ilusiones de Gabriel, la sombra que marca los negros contornos del desengaño; la voz del esclavo que repetía sin cesar al triunfador romano, en medio de su triunfo: ¡Acuérdate de que eres mortal!... Llamóle un día á su cuarto, como Padre Espiritual que era del Colegio, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo con cariñosa tristeza:

—¡Gabriel!.. eres bueno y dócil... Y la hermosa frente de Gabriel se

levantó erguida, cubierta con aquella púrpura que debió de enrojecer la de Luzbel, la primera vez que se complació en sí mismo. Mas el Padre Velasco no había concluido.

—Pero tu bondad,—prosiguió, es soberbia, y tu docilidad, débil... Tu soberbia te pondrá en el peligro, y tu flaqueza te hará caer en él... Huye de los malos amigos, hijo mio; porque el *respeto humano*, será tu ruina... ¡Gabriel, acuérdate de Poncio Pilato!

Y Gabriel bajó la frente enrojecida esta vez, con aquella otra púrpura que debió de agolparse al rostro del Angel soberbio, al ver adivinados sus pensamientos. Mordióse los labios hasta hacerse sangre, y salió del cuarto del P. Velasco, con el firme propósito de no volver nunca. Mas el Padre le perseguía por donde quiera, y jamás pasaba á su lado sin decirle al oído:

—¡Pilatillo!... ¡Acuérdate de Pilato!...

Irritado un dia Gabriel le respondió bruscamente, faltándole al respeto. El P. Velasco se metió las manos en las mangas, lo miró de hito en hito, y siguió su camino sin decir palabra. Parecióle á Gabriel que llevaba los ojos llenos de lágrimas, y dió dos pasos para detenerle y pedirle perdon: contúvole, sin embargo, el amor propio herido, que cual un ácido sutil penetraba en su corazón, ahogando sus buenos impulsos.

—¡No..... caramba!—murmuró, dando una patada en el suelo. ¡Así verá que Pilatillo sabe ser firme!

Aquella noche no podía Gabriel conciliar el sueño. Poco á poco fueron apagando las luces del dormitorio, quedando al fin alumbrado solamente por algunas lámparas medio apagadas, á cuya vaga luz le parecía distinguir, cobijando aquel extenso recinto, las blancas alas del Angel del pudor, que con un dedo sobre los labios, imponía á la maldad silencio... De repente oyó abrir con precaución la puerta de su camarilla, y entornó los ojos para fingir que dormía: vió entonces una sombra que se inclinaba sobre él; sintió primero que le arropaban cuidadosamente en el lecho; sintió después que una mano hacía sobre su frente la señal de la cruz... Gabriel entreabrió entonces los ojos, y vió al P. Velasco á su cabecera...

Un sollozo inmenso le subió del corazón á la garganta, y quiso arrojarse á sus piés, y pedirle perdon. Mas la soberbia le encadenó de nuevo, cual un grillo de hierro, y volviendo á cerrar los ojos, fingió que dormía. El P. Velasco se alejó suspirando.

Desde entonces jamás volvió el prudente religioso á llamar á Gabriel Pilatillo. Avergonzado éste por su parte, evitaba su presencia, y sólo el dia en que iba á dejar el colegio para siempre, se atrevió á pre-

sentarse en su aposento. El P. Velasco le recibió con aquella afabilidad á la vez grave y dulce que le caracterizaba: dióle cariñosamente el abrazo de despedida, y le entregó como recuerdo suyo, una gran fotografía envuelta en un sobre, y sin duda preparada de antemano.

Gabriel rompió el sobre no bien salió del aposento, y vió entonces una magnífica reproducción del gran cuadro del Ticiano, que representa á Pilato entregando á Jesucristo al pueblo deicida. Por debajo del precónsul romano, había escrito el padre Velasco: *¡Ecce Homo!...*

Gabriel sintió un movimiento de ira que le turbaba la vista: rasgó en dos pedazos la fotografía, y fué á tirarla por un balcón abierto... Mas se detuvo en el acto: iba en ella la imagen de Nuestro Señor, y hubiera creído profanarla.

(Se continuará)

---

## CULTOS RELIGIOSOS.

---

Sábado.—En San Nicolás, á las siete y media, misa de renovacion, y á las nueve la conventual.

En Santa María, á las ocho y media misa de renovacion.

En Ntra. Sra. del Carmen á las seis y media de la mañana misa cantada á la Virgen.

Domingo.—En San Nicolás, á las ocho y media la conventual.

En Santa María, á las ocho y media tercia y misa conventual.

En la Iglesia de Capuchinas, la funcion mensual al Sagrado Corazon de Jesús. A las siete y media de la mañana, se dirá la misa de comunión de los cofrades con esposicion del Santísimo, y por la tarde, á las cuatro y media, los ejercicios de costumbre con sermon.

Jueves.—En las Capuchinas á las siete de la mañana, misa de renovacion y bendicion del Santísimo concluida la misa. Por la tarde el Santo Trisagio á las cuatro con manifiesto y reserva.

En las demás iglesias los oficios de costumbre.

---

## ANUNCIO.

CLASE de Análisis lógico-gramatical, preparatoria para oposiciones á escuelas de instruccion primaria.

La dará en su casa, calle Mayor 63, 2.º, D. Vicente Calatayud y Bonmatí, Catedrático en este Instituto Provincial.

Honorarios; 15 pesetas al mes: Clase diaria.

---

ALICANTE.—1886.

Imprenta de Antonio Seva